La Capilla Sixtina

DE LA HEROICA A LA EROTICA

Mi amigo Menelao el Areopagita se ha tomado un fin de semana larguito para venir a platicar conmigo en los jardines de Conde de Suchil. Estaba un poco desencantado por la marcha de las cosas en Grecia y por el debilitamiento de la atención mundial hacia el régimen heleno.

—Con lo de la señora Fleming se removió un poco el asunto. Pero, ¿ahora? Nada. La opinión internacional también está malformada por el consumismo. Consumen lo de Grecia. Consumen lo de la India y Pakistán. Ahora están pendientes de las grandes rebajas y liquidaciones irlandesas. Y yo le diría algo más, Sixto, si no existieran estas zonas del mundo desajustadas, habría que inventarlas. Son como espejos que devuelven al ciudadano occidental la imagen de su «status» democrático. Como los delincuentes son el espejo en el que se refleja la respetabilidad del ciudadano medio, y las chicas feas son el espejo que devuelve la belleza de las que son guapas. Unos países nacen para hacer la Historia, y otros para sufrirla.

El fatalismo de Menelao es hipocondríaco y mi optimismo también. Pero cuando a Menelao le da por cavar su propia tumba yo le mataría de un palazo y le enterraría con mis propias manos.

—¡Ya estamos hartos de ser la excepción taurina en el seno del «fair play» deportivo democrático! —grita Menelao, semialzado, en busca de molinos de viento.

Yo le digo que no se tomó Zamora en una hora.

—Zamora, tal vez no. Pero La Bastilla, sí. ¿Lo ve usted? Son desgraciados hasta nuestros ejemplos históricos.

Me he dado cuenta entonces que Menelao se deja crecer una melenita canosa, calza chaleco sobre su costillar transparente, peina corbata de seda natural sobre su esternón delirante y lleva implacables las rayas del pelo, el pantalón y la mano. Además, sigue con el reojillo el paso de las muchachas con o sin flor y se atusa un incipiente mostacho Terence Stamp que le sale blanquinegro y amarillo bajo las espadas protectoras de hirsutos pelos narinales.

—Cada vez más siento que me huyen las fuerzas políticas y me afluyen en cambio misteriosas y nuevas fuerzas biológicas —añade Menelao, mientras no quita ojo a la penúltima minifalda y ojo izquierdo de la última que pasa ante nuestro palco de mirones otoñales.

—No me dirá usted que busca en el erotismo el sucedáneo de la política.

—Yo no he dicho nada de eso. Lo dice usted.

—Pues muy mal momento elige, Menelao. Entre los conservadores está cundiendo la sospecha de que el camino hacia Pekín pasa por el Museo del Sexo, de Amsterdam.

—Yo creo lo contrario, Sixto. Si te paras en el Museo de Amsterdam, nunca llegas a Pekín.

—Pues ahora se sospecha que no y que las vías del socialismo y el bullicio social pasan tanto o más por Wilhelm Reich y la praxis consiguiente, que por los textos clásicos.

Menelao, profesor de Dietética Metafísica en una Universidad suiza, se levanta al paso de una impresionante señora de cabello leonado. Me la dice:

—¡Uuuuuuggggg!

Como si fuera el león de la Metro, y después vuelve a mi lado con los ojos inyectados de blusa y cabellera. Ante mi estupor, se justifica:

—Cortemos ahora las rosas de la vida.

Después se entristece. Se quita la corbata. Se descalza. Entra en meditación. Hace sonar los dedos, se entrega a un misterioso ritmo que le nace en la cintura y se me pone a bailar el «sirtakis» sobre el césped del jardín.

Horas después, ya libres de niños divertidos, mamás inquietas y del guardia municipal algo mosca, acompaño a Menelao hasta el aeropuerto. Parece hundido en la más absoluta indiferencia. Y desde ella musita como para sí.

—¡Qué tiempos estos en los que hay que luchar por lo que es evidente!

Plagio.

SIXTO CAMARA

CESAR PEREZ DE TUDELA:

«PRACTICO ALPINISMO DESDE LOS QUINCE AÑOS»

Don César Pérez de Tudela nos remite, como respuesta al trabajo de nuestro colaborador Manuel Vázquez Montalbán (TRIUNFO, número 477), la carta que con gusto publicamos a continuación.

ES un trabajo muy bien escrito, al que no se le puede negar cierta perspicacia, sentido crítico de la sociedad actual y una buena dosis de ironía mal intencionada.

»En él admito todo, con excepción de la falta de información que, posiblemente, lo ha motivado.

»Se dice que yo, concursante de Televisión, tenía por entonces un pequeño historial montañero, limitado por mi profesión habitual.

»Si algo hice en la vida fue precisamente montañismo. El autor tenía que haber indagado en fuentes neutrales. Empecé a practicar alpinismo de dificultad a los quince años, y hasta la fecha ha sido constante mi actividad.

»En mil novecientos sesenta y uno había sido admitido en la categoría nacional del Grupo de Alta Montaña Español y conocía casi la totalidad de los macizos alpinos. Mi nombre figuraba ya en la «elite» de los escaladores de España.

»Quizá a partir de entonces es cuando comencé a realizar una serie de empresas trascendentes en nuestro montañismo que, con sólo pronunciar sus nombres, bastarían a cualquier persona informada en la materia, entre las que no cuento, naturalmente, al señor Vázquez Montalbán.

»Pared Norte del Lavaredo (Dolomitas).

»Pared Norte del Triglaw (Alpes julianos de Yugoslavia).

»Pared Noroeste del Pizzo Badile (Alpes suizos).

»Expedición invernal al Alto Atlas, con la primera mundial a la arista Sudoeste del Clochetons.

»Expedición española al Cáucaso, venciendo el Usbcha y la travesía integral de los Elbrus.

»Pared Norte del Eiger en condiciones muy duras.

»No quiero citar más montañas. Ya antes de conseguir las cimas mencionadas había acaparado toda clase de recompensas, condecoraciones y cargos que un alpinista oficial podía ambicionar.

»Vino la Televisión y surgió la confusión en torno a lo que yo ya había sido para la montaña y lo que tenía que ser por quererlo el pueblo y algunos comentaristas que escriben un artículo con pretensión de agudeza y con desinformación total —como el señor Vázquez Montalbán—.

»Que el señor anteriormente citado dé por buenas las contradictorias declaraciones de alguno de mis amigos de Barcelona y del italiano Bonatti es cuestión suya. Mis expresiones han sido muy claras y contundentes, siempre en torno a mis últimas desbordadas —no por mí— aventuras. Si ha habido confusión e imprecisión se lo debo a quienes como él creen que se puede escribir, sobre todo, e incluso de alpinismo, hablando simplemente con algunos montañeros y despreciando hablar también con los que forman la otra parte de la opinión.

»¡Tendríamos tanto que hablar, señor Vázquez Montalbán, sobre todo esto, de lo que ya se ha escrito tanto, tan tergiversado y tan mal intencionado!

»Leí, o, mejor dicho, me leyeron su anterior trabajo sobre mi mujer. Me pregunto qué razones han motivado un cambio tan sustantivo entre su anterior trabajo, humano, equidistante, agudo también, y éste que yo califico de deplorable.

»¿Por qué no me habló, aunque hubieran sido unos instantes, cuando dice que me vio en el Centro Excursionista de Cataluña, y descubrió que le lanzaba una mirada de famoso en demanda de ser reconocido?

»Debería haberlo hecho, señor Vázquez Montalbán, para haber tratado de conocerme con sus finos golpes psicológicos y haber escrito su trabajo maestro construido con otros cimientos más objetivos y quizá también más fundados.

»Si mi historial es confuso, será desde que surgí en Televisión y gracias a los que, como usted, informan sabiéndolo todo con una mirada cruzada en unas escaleras.

»Lamento su ligereza y sólo pienso que la opinión pública está —en algún sentido— supeditada a otros trabajos que usted lanza a luz, de cualquier temática elaborados en sus deficientes conocimientos.

»No le pido rectificación, pero sí me gustaría poder mantener con usted alguna conversación prontamente, para que su conciencia de informador, y por qué no de pensador, le impulsaran a ser más justo, que es de lo que se trata. ■ **CESAR P. DE TUDELA.**